



VERSOS PEREGRINOS

MVAM



ANTE EL SEPULCRO DEL AMADO

Mi frente en la losa fría
Y el corazón ardiendo de ausencia.

Cómo te puedo decir, Yesu`,
Que sentí tu cálido aliento,
Que supe, en ese instante de la más honda lejanía,
Que tu amor estaba allí, abrazándome toda.

Renegué mil veces de aquel lugar oscuro,
Templo de las fraternidades rotas,
De las devociones oscuras y contradictorias,
Lugar santo de las rencillas.

Volví allí con el corazón sin latido,
Encerrado en una armadura defensiva.
No quería sentir el desconsuelo
De tu ausencia y nuestras mentiras.

Te lloré como se llora al primer amor,
Ese que se fue para no volver.
Y, al poner mi frente en la losa fría,
Con el corazón ardiendo de ausencia,
Tú estabas allí diciendo:
¿Por qué no me crees?
Te he amado y te amaré siempre.
No me fui, estoy contigo.

No quiero olvidar ese instante:
Eras mío y yo fui tuya.
Yo me negaba a verte y Tú volviste a mí,
Haciéndote dulcemente presente.



Pon tu brazo bajo mi cabeza,
Abrázame siempre.
Sostén mi memoria y mi voluntad,
Entra silencioso en mi corazón
Y quédate allí.

Te lo ruego, Amado, Amor de mi vida,
Que no olvide jamás ese instante.
Tal vez no se repita jamás
Y lloraré otra vez tu ausencia y nuestras mentiras,
Pero me salvarán de la derrota
La memoria de tu amor
Y aquella única y tierna presencia.



BELÉN

Belén, ciudad de David,
Belén, ciudad del Mesías,
Belén de pastores y ángeles,
Cuando te conocí
Trepabas alegre por tus colinas,
Reías entre olivos,
Sesteabas con tus ovejas
Al sol del mediodía.
Ciudad del nácar y el diamante,
Cuando te vi, en medio del páramo,
Eras viñas y trigo de ofrendas
Con el sudor de los hombres.
Hoy te miro, ciudad sitiada.
¿Quién fue tan osado para poner cerco
A la cuna de la esperanza?



JERICÓ

Tierra salada

Donde por milagro de agua

Nacieron palmeras

Hace ya diez mil años.

Paciente y sentada bajo el sol

Esperaba al viajero del desierto

Para darle agua y sombra.

Entre el bullicio de tus calles,

Se deslizaba la corta figura de Zaqueo

Y la sandalia del Hijo de Dios

Dejaba su huella en la arena.

¡Ojalá volvieran los días

En que al son de trompetas

Cayeron los muros!

¿De quién será la mano poderosa

Que te deje sin el cerco de la deshonra?

Ahora es el mismo Josué

El que te cierra las puertas

Y los demás pueblos cierran los ojos

Mientras en tus calles, entre nubes de polvo,

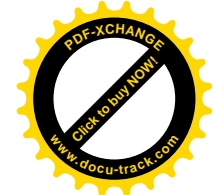
Se arremolina la vergüenza.



JERUSALEM

Cuando te miré por primera vez,
Eras la novia de las colinas,
Ciudad de oro y cipreses.
La ciudad de los cuatro barrios,
La ciudad de las mil religiones,
La ciudad de la justicia y los profetas,
La puerta del cielo y del infierno,
La roca del sacrificio y la redención.
En ella resonaban, a un tiempo,
Los reclamos de Bab al-Amud,
¡a la oración, a la oración!
Y el repique del Angelus.
Entre las grietas se filtraban
Susurros de ángeles,
Voces tonantes de profetas
Y la brisa de Dios.

Hoy eres toda tú camino del calvario,
Toda tú Vía Dolorosa.
Cercada, como en tiempos de Saladino,
Rodeada, amurallada, sitiada
Por los nuevos asirios y persas,
Hijos de esta tierra.
No tuvo que venir la amenaza del norte,
El caldo hirviente del puchero del profeta.
Tú sola engendras serpientes,
Amamantas escorpiones,
Te muerdes en tu mismo talón.
Has encerrado a unos de tus hijos
Y en el cerco están prisioneros los demás.
Tú, ciudad de cuatro murallas,



Has puesto un muro a la esperanza.

¿De qué ha servido el llanto amargo
Del más grande de los hombres?

A tu sol naciente, perla del oriente,
También lloro.

Ya los caminos huyen de ti

Y desde ti sólo se baja al infierno.

Mujer infiel, ¿serás alguna vez

La novia engalanada con oro de Tarsis?

Mis ojos no te verán, ni, tal vez,

Los ojos de los hijos de mis hijos.

Pero todos los ojos de las generaciones por venir

Llorarán, como lloro yo

A tu sol naciente.



SALMO 95

*Contad a los pueblos su gloria, sus
maravillas a todas las naciones.
Alégrese el cielo, goce la tierra,
retumbe el mar y cuanto lo llena;
vitoreen los campos y cuanto hay en
ellos, aclamen los árboles del bosque
(Sal. 95)*

Allí, en Belén de Judá,
Mientras indignos alzábamos la voz
De la plegaria aprendida,
Pedíamos a la Naturaleza
Que reconociera la gloria de Dios.
Cuando elevábamos, escondidamente,
Nuestra fe en tus obras grandes,
La voz de los árboles se levantó
Clara y distinta.
Con sus manos espinadas,
Los brazos de los árboles
Se agitaron, cantando la gloria del Señor.
El bosque se alzó
Y nosotros con las cabezas gachas
Mirábamos al suelo, sobrecogidos.
Si los montes, las piedras y el bosque



Se alzan, testigos de tus maravillas,

Qué hacemos nosotros

Repitiendo salmodias

Y viviendo como los hijos de las sombras.